

SAN JOSE, COSTA RICA

29 Febrero de 1912

Año II



Núm. 28

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia
Pedagogía Racionalista

DIRECTORES:

Anselmo Lorenzo
José María Zeledón

EDITORES:

Falcó & Zeledón
Apartado 638

SUMARIO

SOCIOLOGIA

- El Proletariado emancipador, IV - La Caja de Resistencia..... *Anselmo Lorenzo*
Conferencias populares sobre Sociología, IV - Religión - Autoridad..... *A. Pellicer Paraire*
¿Anarquista?..... *Alfredo Calderón*
Escuchad..... *Praxedis G. Guerrero*

PAGINAS LITERARIAS

- Amorosa..... *Jacinto Octavio Picón*
Derecho de propiedad..... *Upton Sinclair*
La musa del taller..... *José de Maturana*
Dos diamantes..... *Rubén Coto*

CRONICAS SOCIALES

- Los imbéciles..... *Emilio Zola*
Epílogos..... *José María Zeledón*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA
Imprenta Alsina

Condiciones:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

Numero suelto: 20 céntimos

ABONO ANTICIPADO

ADMINISTRACION: 7ª Avenida Este, 247

San José, Costa Rica

DE VENTA

en la PELUQUERÍA ESPAÑOLA

(Contiguo al almacén de comercio "La Alhambra")

En Europa deben pedirse las suscripciones a don Anselmo Lorenzo,
calle de Casanovas, núm. 32, 2º. BARCELONA (España).

En la Sociedad de Agencias Editoriales

DE

FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRRYA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

El demonio de los Andes

por RICARDO PALMA. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

La venganza de Sandokan

por EMILIO SALGARI. Esta obra se vende por entregas de 32 páginas y una lámina. Consta de 12 cuadernos á 20 céntimos cada uno.

Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero constructor

Por CARLOS SÉE, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 3.00.

Crianza del niño de pecho

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo en rústica, con varios grabados: ₡ 0.75.

Para evitar las enfermedades venéreas

Por el Dr. GALTIER-BOISSIÈRE. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 0.75.

RENOVACIÓN

Año II

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 28

El Proletariado emancipador

IV

La Caja de Resistencia

Por *resistencia*, en el lenguaje de la lucha entre trabajadores y capitalistas, se entiende la agrupación obrera para intervenir en la lucha de clases por la perturbación económica que favorezca al trabajador, y su principal manifestación es la *huelga*; llámase *Caja de Resistencia* al ahorro formado con pequeñas cuotas periódicas, depositadas en las tesorerías de las secciones, sociedades ó sindicatos de oficio, federado por solidaridad entre entidades obreras pactantes, y centralizado en los comités ó consejos administrativos y directivos, destinado al subsidio de los huelguistas.

Ese ahorro formado, federado y centralizado por una organización obrera, basada en la constitución de sociedades de aquellos oficios existentes antes del desarrollo del maquinismo industrial, como ya queda dicho, es imposible en el día, y lo será más con el tiempo, á causa de la transformación industrial que disuelve los oficios, que transforma el artesano, de técnico inteligente y artístico que era, en obrero y peón que sólo da al trabajo fuerza y asistencia corporal con escasa inteligencia, porque la inteligencia, la celeridad y la perfección están en la máquina, en el obrero de hierro creado por la ciencia y monopolizado por el capitalismo propietario para reemplazar al esclavo, al siervo y al jornalero.

Ese obrero nuevo, que no tiene padres ni hijos, ni hermanos, ni compañeros, y que si necesita fuerza motriz más ó menos costosa, no protesta, ni reclama mejoras, ni tiene intenciones revolucionarias ni aspiraciones ideales, garantiza el orden burgués; asegura la vida y la ganancia al verdadero ciudadano de la moderna democracia que es, no todo hombre inscrito en el Registro Civil, como dicen los demócratas, sino únicamente el inscrito en el Registro de la Propiedad y en el de las Contribuciones directas.

Es decir, la Industria ha evolucionado, y la Caja de Resistencia no; y si en un principio pudieron marchar paralelas, hoy la Industria avanza hasta la maravillosa perfección de la mecánica, y la Caja de Resistencia se estaciona en la cuota federal y en el subsidio al luchador legal y pacífico.

Nótese bien: estacionarse en una corporación en marcha es ponerse primeramente á la cola y quedar rezagado después; y todo rezagado es baja, si no por muerto, por inútil; con él no se cuenta ya para la lucha: esa es la situación de la Caja de Resistencia; peor aún, puesto que á su conservación, á su servicio y entretenidos con vanas esperanzas, quedan rezagados numerosos luchadores que en ella confían para continuar luchando.

¿Hemos de permanecer estacionarios

los trabajadores? ¿Hemos de prolongar ese estado de absurda incongruencia entre nuestro ideal y nuestros medios de realización?

No; los que nos iniciamos en La Internacional, los que perseveramos en el sindicalismo no renunciamos á la gran obra; nuestro ideal de emancipación, de libertad, de síntesis humana para todo hombre y toda mujer, nos impiden el quietismo, y nuestra experiencia nos ha aleccionado contra la desviación, contra el movimiento inútil ó contraproducente; los desengaños, las desilusiones nos han servido de dolorosa enseñanza. Por lo pronto queremos actividad emancipadora constante, y además, dispuestos á no sostener pactos con el error, tenemos la despreocupación y el desinterés necesarios para abandonar una senda equivocadamente emprendida, retroceder hasta llegar al punto de partida y emprender nuevamente la marcha sin pérdida de entusiasmo ni de energía: en la historia del proletariado español se hallan casos que lo comprueban, y aunque no pudiera invocarse la cita histórica, la razón abona este pensamiento, y los trabajadores desviados que le pusieran en práctica harían un acto de suprema razón y merecerían la gloria de los grandes ejemplarizadores.

Dada la incapacidad progresiva de la burguesía, que no suelta su propiedad ni siquiera para salvarse individualmente, que quiere prolongar eternamente la iniquidad llamada derecho de accesión; dado el propósito que anima á los trabajadores de conquistar su parte en la riqueza natural y social, la resistencia no debe, no puede abandonarse; es condición de vida para los trabajadores; es recurso salvador para la humanidad, que sin la decisión resistente de los trabajadores se agotaría en el mortal dualismo en que vegeta y se esteriliza; pero la Caja de Resistencia murió moralmente con la gran huelga de mecánicos en Inglaterra de 1897, que conmovió al mundo proletario, que hizo los esfuerzos de solidaridad más grandes de que hasta entonces se tuviese memoria—que no han sido

superados después—y que terminó con una pasividad de algunos meses, hasta que se consumieron los millones de libras esterlinas arrojados al fondo de inercia formado por los obreros que cobraban subsidio de huelguista, fumando su pipa con censurable tranquilidad.

En la huelga, forma manifiesta de la resistencia, no es oro todo lo que reluce, sobre todo cuando, apoyada sobre la Caja de Resistencia, justifica las siguientes palabras que Zola, en *Germinal*, pone en boca de Souvarine: «Las huelgas son provocadas por los burgueses, en vista del exceso de existencia en los almacenes. Unos cuantos meses bastan para vaciarlos, sin haber tenido que pagar salarios; además la colectividad obrera gasta sus ahorros, y tiene que rendirse luego más incondicionalmente aún que antes. Si durante el curso del desarrollo de ese hábil plan, perecen de hambre algunas familias productoras, que perezcan: sus huesos servirán de abono á los campos de la burguesía».

Créfase, confiando en la solidaridad obrera, que la burguesía se rendiría blandamente á la presentación de las reclamaciones de los trabajadores que hablaban en nombre de La Internacional, cuando la organización era más bien una aspiración que un hecho; pero la solidaridad, entendida como arma ofensiva y defensiva, rige para amigos y enemigos, y mientras los obreros creían obligar á los burgueses para evitar la ruina, no caían en la cuenta de que éstos podían celebrar pactos con la industria nacional ó internacional, destinando un tanto por ciento equivalente á la pérdida de los beneficios habituales á cambio de lo que le produjera la demanda excepcional. Sin contar la solidaridad burguesa para celebrar el Pacto del Hambre, por el cual todo burgués industrial se compromete, bajo una multa grave, á no dar trabajo á los obreros peligrosos por su actividad é inteligencia inscritos en la lista de sospechosos.

Entiende la burguesía, y el proletariado debe tenerlo presente, que alterar

el equilibrio económico establecido sobre la reciprocidad entre la oferta y la demanda, aunque sea para atender caritativamente a lastimosas quejas, es, más que una abdicación, una perturbación; que toda concesión es una exigencia obligada y sucesiva que se desliza por la pendiente que conduce a la revolución, y, por tanto, la intransigencia, que muchas veces interpreta la opinión como egoísmo patronal, es defensa del orden social.

Y la burguesía es lógica. Sentado el principio de la propiedad individual y rigiendo como complemento necesario el derecho de sucesión, las exigencias obreras interrumpen la marcha adoptada, perturban el régimen y redundan en perjuicio de todos, porque su integridad no tolera enmiendas, mejoras ni reformas.

Juzga también la burguesía que la

revolución, aunque suponiéndola de posibilidad remota, es inevitable; pero considera prematuro entregar la dirección del mundo al proletariado que padece hambre, emigra, se somete al caudillaje de ambiciosos políticos, se asocia para obtener menguadas bonificaciones en el trabajo ó espera su redención como un milagro revolucionario.

Tales consideraciones obligan á querer lo práctico, lo racional, lo que de verdad sea rápidamente progresivo y conducente á la realización del ideal, tan distante del intransigente é improcedente «todo ó nada» del sectario fanático como del «vamos tirando» del complaciente reformista, que toma un beneficio con una mano y lo suelta convertido en perjuicio por la otra.

ANSELMO LORENZO

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

IV

Religión

Continuando el juicio crítico de la sociedad humana, y conforme el orden de temas propuesto en la última conferencia, corresponde ocuparnos de la religión en primer término. En verdad que, después de explicar lo que es la Naturaleza, casi debiera considerarse inútil discurrir respecto de la idea religiosa; pero ella ha desempeñado tan importante papel en la historia humana, y tan arraigada se halla todavía en las presentes generaciones, que no podemos prescindir de su especial examen.

Religión es la creencia en la divinidad, en un poder sobrenatural que gobierna todas las cosas, que todo lo que es, de ella dimana, y consiguientemente los deberes, las prácticas para su adoración, su culto.

¿Y qué dice la Ciencia, la única verdad demostrada y demostrable? ¿Cuáles son sus enseñanzas? Que la concepción de la nada, como la de la creación, son un perfecto absurdo; que la eterna

materia, en incesante movimiento, llena el ilimitado espacio, que por la movilidad se opera el transformismo de todos los cuerpos; que unas formas se destruyen y otras se engendran; que desde el mineral hasta el organismo de los animales superiores, todo se modifica y cambia; que el universo entero se rige por leyes constantes, nunca arbitrarias, y que no se encuentra ningún poder ni fuerza alguna extraños á la Naturaleza.

Todo esto lo hemos explicado y también que la idea de los seres creadores y gobernadores de los mundos y de las cosas y animales y personas surgió en la mente del hombre por el deseo de saber las causas productoras de tantas maravillas, y que, por su ignorancia, por la falta de medios de comprobación, no pudiendo comprender y adivinar la sublimidad de la materia, hubo de concebir monstruosos é invisibles seres entretenidos en el juego de los astros y de los elementos, y aun en la caprichosa diversión de atormentar ó complacer á

las infelices criaturas que vagaban por la superficie de nuestro globo. La misma facultad pensante, el despertamiento de la razón en el hombre, sus excelentes medios de expresión, hubieronle de causar un asombro tan grande, que no es difícil concebir se creyera un ser privilegiado, no ya hijo de la tierra, como los demás animales, sino originario de las misteriosas deidades soberanas y creadoras de todo. Y exaltándose su imaginación de esta suerte, fué elaborando mitologías, y también su servidumbre para con los dioses que inventara, acabando la humanidad por convencerse ser verdades innegables esas fantasmas de la ignorancia.

De este modo la vaga é indeterminada superstición primitiva, en el transcurso de los siglos se convierte en una ingeniosa producción artística, filosófica, social, de tanto relieve, que adquiere caracteres reales para los preocupados seres que, sin prevención ni espíritu analítico, se dejan absorber por la grandiosidad de la concepción y por la magnificencia del culto, doblemente impresionante por la continua alabanza y por la idea del castigo ineludible del rebelde á la ley divina.

Los teólogos y metafísicos sostienen que una idea tan antigua como la idea religiosa puede estimarse como prueba suficiente de verdad. Pero, como dice Bakounin, «la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar nada en su favor, nos induce á sospechar de ella. Hasta la época en que florecieron Copérnico y Galileo, todo el mundo creía que el sol giraba alrededor de la tierra, y, sin embargo, todo el mundo estaba en un error. Tras nosotros queda la animalidad; la humanidad es el faro luminoso que va siempre delante de nosotros. La razón humana, la única cosa que nos da vida, conciencia y ciencia; la única cosa que puede emanciparnos, darnos dignidad, libertad, felicidad: la única cosa capaz de realizar la fraternidad entre nosotros; nunca—relativamente á la época en que vivimos—se halla al principio, sino al fin de la historia».

También la universalidad de las

preocupaciones religiosas ha inducido á afirmar que la religiosidad es innata en el hombre. ¿Cómo comprender que de lo que no existe, de lo que no está en la Naturaleza, se forme un sentimiento? Si la Ciencia, si la razón, no encuentra á Dios, ¿cómo creer que la religiosidad sea innata, natural? De lo que no existe no puede haber reflejos, revelaciones, inducciones ni deducciones. Si los salvajes, si los pueblos bárbaros se manifiestan religiosos, ello queda explicado por su ignorancia, no por su razón; y precisamente cuando la cultura humana ha llegado al punto de poder abandonar las quimeras y errores primitivos, que se ha hecho ciencia, es cuando Dios se discute, cuando se le niega.

Como último refugio de los hipócritas, y también de los creyentes, es mantener viva la idea de que sólo en la religión se halla la moral: esto es, ya que no sea una verdad, al menos una conveniencia social. Mas el argumento no resiste el análisis; pues si la religión es una invención del hombre, toda moral que la contenga, claro es que el hombre se la ha injertado; y, en consecuencia, la moral religiosa no es otra que la bondad natural, la moral humana, independientemente de toda religión. Esto admitiendo por un momento que lo que se llama moral lo sea verdaderamente, y no cambiabile, pues es ya muy sabido que muchas cosas que ayer se consideraban morales hoy no lo son. Por tanto, tampoco es la religión una conveniencia social, ya que la moral no es del exclusivo dominio religioso, sino que subsiste fuera de él perfectamente.

Con esto contestamos á la moral positiva que puedan contener las doctrinas de todas las religiones y que los clérigos debieran practicar en primer término para ser consecuentes con su profesión de fe, si fuese sincera. Pero un hecho notabilísimo es que los cuerpos sacerdotales de todos los cultos se han conducido y conducen de muy distinta manera que la moral de sus doctrinas. Ellos propagan la caridad, el amor al semejante, el desprecio de

todo lo material, porque ante Dios, la suma pureza, los goces materiales son pecaminosos, y sólo el espíritu puro, generoso, alcanza la celestial dicha. Y desde las más altas jerarquías eclesiásticas al último monaguillo—excepto algún pobre diablo que cree con fe absoluta, y aun se le ridiculiza por su consecuencia—acapanan todas las posibles riquezas, viven con un lujo de comodidades que asombra y se enseñorean de todo: aconsejan la pobreza, y son ricos; predicán el amor á sus semejantes y se cansan de sacrificar á las gentes; afirman que de todas las vidas dispone Dios, y ellos las extirpan con crueldad infinita. Entonces la moral práctica religiosa es tan vituperable, que ofusca, inutiliza cuantos preceptos de moral universal contenga. Y como la historia demuestra que este mal no es una excepción, sino que de él adolecen todas las religiones, en todas las épocas, no puede admitirse de ningún modo como cierta su misión moralizadora, y bien al contrario, deben considerarse como instituciones funestísimas para la humanidad.

El profundo pensador ya citado, Bakounin, con aquel bello y elocuente estilo que le distingue, sintetiza en un párrafo toda la perversidad religiosa. «¿Será necesario repetir—exclama—de qué manera y en qué proporción las religiones envilecen y corrompen á los pueblos? Ellas destruyen su razón, el principal instrumento de la emancipación humana, y la reducen á la imbecilidad, la condición esencial de la esclavitud; deshonran el trabajo del hombre, y lo hacen signo y origen de servidumbre; matan el sentimiento y la noción de la justicia humana, inclinando la balanza del lado de los bribones triunfantes, seres privilegiados de la divina indulgencia; aniquilan la dignidad y el orgullo humano, y protegen tan solo la bajeza y la humillación; finalmente, sofocan en el corazón de las naciones todo sentimiento de fraternidad, reemplazándolo con el de la crueldad. Todas las religiones carecen de entrañas; todas se han arraigado por el derramamiento de sangre;

todas descansan principalmente en la idea del sacrificio, en la inmolación perpetua de la humanidad á la iracunda venganza de los dioses».

Con la historia en la mano puede demostrarse la verdad de estas afirmaciones, y todo el mundo puede consultarla. Sería muy larga tarea para nosotros acumular tantas citas históricas en nuestro trabajo como convendría. Por otra parte, numerosos hechos son del dominio general, para convenirse todos de la crueldad religiosa: los sacrificios mejicanos, los autos de fe en España, la Inquisición pavorosa, la matanza de hugonotes en Francia, los tremendos horrores con que se inició la iglesia anglicana, la persecución de la raza judía, el martirio y el asesinato de las más grandes lumbreras de la humanidad, especialmente en Italia, como Giordano Bruno; el aniquilamiento de pueblos por papas, zares, sultanes y todos los jefes de iglesias, y tantos sucesos que podrían recordarse forzando un poco la memoria, sin necesidad de abrir un libro, son suficientes para evidenciar que la obra religiosa es una obra de barbarie. Ella, la religión, ha sido firmísima base de todos los autoritarismos; todas las instituciones opresoras han contado con ella para esclavizar á los pueblos; ella es el origen y sostén de cuanto en la sociedad ocasiona insoportable mal-estar.

Ahora bien: ¿con qué título puede pretenderse que la religión sea buena base social si su nacimiento es la ignorancia, su historia un crimen, su moral práctica una perversidad? Absolutamente con ninguno.

Hora es ya de que la ciencia penetre en todos los cerebros, y se convenzan los pueblos de una vez para siempre que las religiones no tienen razón de ser, porque se fundan en lo sobrenatural, y fuera de la Naturaleza nada existe; que la bondad humana depende de la organización del ser, de las condiciones naturales de vida, de su perfectibilidad y de su ilustración; y que, siendo todas las religiones contrarias á la razón, al progreso, á la

justicia, á la igualdad, á la libertad y al bienestar humanos, no pueden admitirse como base de una sociedad verdaderamente civilizada.

Autoridad

Veamos ahora si el principio de autoridad es más afortunado.

Autoridad ¿qué es? Según el concepto público, y también conforme se define en diccionarios, es: «poder, potestad, dominio, imperio, facultad, derecho de mandar, de obligar á hacer alguna cosa». Nada de esto concuerda con el régimen de igualdad y libertad, circunstancia esencial para que la sociedad cumpla su natural objetivo, como tantas veces se ha expuesto. Todo poder, todo dominio, todo derecho de imposición, implica un privilegio en los que ejercen esa autoridad, y una sujeción para los que están obligados á la obediencia. Si uno tiene el derecho de mandar, otro tiene el deber de obedecer; y entre el que manda y el que obedece no puede coexistir de ningún modo la igualdad; y sin la perfecta igualdad, la libertad es imposible; y no habiendo libertad ni igualdad, no hay fraternidad ni bienestar social.

Este sencillo y lógico raciocinio es bastante para repudiar el principio de autoridad; pero la cuestión es tan seria y trascendental, que obliga á analizarla con más amplitud.

Probablemente la autoridad se implantó ya en las primeras agrupaciones humanas, á la manera como rige en las especies simias, cuyas hordas son gobernadas por los individuos de más fortaleza y energía; es decir, por el derecho brutal de la fuerza. El hecho es perfectamente explicable: en una sociedad salvaje, como forzosamente tenía que ser la humana en sus primeros agrupamientos, no puede imperar más que la animalidad pura, la brutalidad. De otro modo, se habría de suponer una conciencia y una razón propias de una sociedad más elevada. Además, si se observan esas tribus africanas y australianas todavía subsistentes, que parecen hallarse aún en la verdadera

infancia del hombre, la probabilidad se convierte en realidad: esas tribus, como ya lo hemos dicho antes, apenas se diferencian de las hordas de gorilas y de chimpancés, y muchos científicos prueban que el chimpancé es más perfecto y capaz que el indígena australiano. Pues esas sociedades se hallan constituidas, poco más ó menos, como nuestros parientes simios, dominadas por jefes, los más valientes, robustos y astutos; para ellos son los frutos y manjares más sabrosos; para ellos las mujeres más hermosas; para ellos todo lo mejor; ellos lo monopolizan todo: son dueños de vidas y haciendas; repudian cuanto no les es útil, y reservan para sí lo que les es agradable. Un verdadero feudalismo, en una palabra, con unas formas más brutales.

Iniciado así el autoritarismo en las primeras agrupaciones, se desarrollaron en unos las tendencias impositivas, y en los otros, los débiles, los hábitos de la servidumbre, hasta el extremo, como sucede aún entre los cafres, que el inferior saluda al superior con estas palabras: «Tu eres mi jefe y yo soy tu perro».

Describir todas las evoluciones del principio de autoridad, las formas que ha revestido hasta la época presente, equivaldría á explicar toda la historia de la humanidad, lo que no es menester tampoco para nuestro objetivo. Nos convenía, sí, explicarnos cómo esa calamidad social que se llama *autoridad* se estableció entre los hombres; y, según las anteriores indicaciones, nos damos cuenta de que su origen es la animalidad, la inconsciencia, el salvajismo. Por muy natural que el hecho sea, siempre resulta que el autoritarismo es la brutalidad del más fuerte, y la *razón de la fuerza* no puede constituir un título para la sociedad civilizada, que debe tener por lema *la fuerza de la razón*.

Y la sola razón natural, á medida del desarrollo progresivo del hombre, fué la que se rebeló contra la opresión salvaje del más fuerte, estableciéndose un dualismo encarnizado entre el principio de autoridad y el de libertad;

guerra á muerte, guerra que no puede cesar sin que desaparezca uno de los dos, y cuya victoria tiene asegurada la libertad, porque ella es la verdad, la razón, la dignidad, la vida, mientras que la autoridad es la ignorancia, la barbarie, el servilismo, la esclavitud, la miseria, la muerte.

Una habilísima metafísica ha pretendido aliar los dos conceptos autoridad y libertad, reglamentando los límites de una y otra y presentando la obra como el más grande descubrimiento para el bienestar humano; pero los hechos, más elocuentes que esas capciosas teorías, han demostrado la imposibilidad de este consorcio. Muy bien dijo Proudhon: «La autoridad y la libertad son los dos polos de la política: su oposición antitética, diametral, contradictoria, nos da la seguridad de que es imposible un tercer término, de que no existe: entre el si y el no, del mismo modo que el ser y el no ser, no admite nada la lógica».

Todos los sistemas de gobierno se han ensayado, desde el personal, absoluto, hasta el democrático, con el *referendum* inclusive, esto es, la sanción ó veto popular á las leyes; y sin embargo, el malestar social continúa, el antagonismo de la libertad con la autoridad es cada vez más vivo, la guerra no cesa, á pesar de que el autoritarismo se bate ya en retirada.

La verdad es que si los pueblos se han dejado encantar por las sirenas autoritarias en cada transformación gubernamental—cambios operados para contener la rebelión popular—bien pronto se han desencantado ante la práctica, convenciéndose de que las diferencias de los sistemas políticos son más aparentes que reales. En efecto, lo mismo en Suiza que en Alemania, en Francia que en Inglaterra, sufren los pueblos la presión de los poderes políticos, religiosos, económicos y militares; siempre unas clases privilegiadas monopolizándolo todo, siempre sujetas al potro de la miseria y esclavitud las masas obreras. Tendrán más derechos políticos unas naciones que otras, derechos conquista-

dos por la revolución, y tolerados mientras no ataquen las prerrogativas de los poderosos, pero esos derechos no alteran fundamentalmente la misera condición del pueblo; y cuando éste reclama con energía, la fuerza brutal de los cañones se encarga de imponer silencio, ya acontezca el hecho en la gran república modelo norteamericana ó en Rusia.

Es axiomático que «todo poder político, como dice Bakounin, cualquiera que sea la denominación y la forma exterior, está animado de un odio natural, instintivo, contra la libertad. Su práctica cotidiana le conduce forzosamente á la necesidad de restringir, disminuir, abatir, lenta ó violentamente, según las circunstancias y los tiempos, la espontaneidad de las masas gobernadas, y esta negación de la libertad se extiende siempre y por todas partes tan lejos como las condiciones políticas y sociales del medio y el espíritu de las poblaciones lo permiten».

Los propagandistas del Estado que se califican á sí propios de liberales—aparentando ignorar esta verdad constante—sostienen aún que en las naciones democráticas la tiranía no existe, porque el pueblo se rige por las leyes que él mismo se da por medio del sufragio universal. Esto es pura ficción, verdadera farsa. En todas las repúblicas sólo una mínima parte de la sociedad sufraga; la mayor parte de ciudadanos y ciudadanas no autorizan á nadie, directa ni indirectamente, para gobernarles, hacer leyes y sancionarlas. Y de la minoría que hace el juego de los opresores, se ha de descontar las cábalas, la influencia, los resortes que toca el oficialismo para imponer su voluntad, corrompiendo todo propósito honrado de los pocos que aun confían en la sinceridad del Estado. Combínense como se quiera las estadísticas, siempre se llegará á la conclusión de que sólo una interesada minoría y unos pocos inocentes que sirven de comparsas, son los que autorizan á un grupo de vividores para que impongan la ley ó su autoridad al país.

Descubierta esta farsa por los hom-

bres expertos, acorralados los partidarios de la autoridad en las últimas trincheras; no pudiendo ya valer ni el derecho brutal de la fuerza, ni los pergaminos, ni la sangre azul, ni los derechos hereditarios para gobernar á los pueblos, ante una mejor conciencia social, presentan su último argumento, cual espantajo, de que la sociedad, sin autoridad, sin leyes, no podría subsistir, no habría garantías para nada ni para nadie: resurgiría el barbarismo, el caos!...

Afortunadamente se oye esto como quien oye llover: causa el mismo efecto que la carabina de Ambrosio. No en balde han pasado las revoluciones derrocando imperios y monarquías y repúblicas cual furioso huracán, subsistiendo firme el espíritu social, la sociedad. A cualquiera se le alcanza que, si sólo las leyes y el Estado fuesen las fuerzas mantenedoras de la armonía social, ha tiempo que la sociedad no existiría. Aquí viene bien recordar aquella frase del gran humanista Vives: «¿Qué niño ó viejezuela ignora que los mayores imperios se afirman con el consentimiento de los vasallos, y que nada serían si nadie obedeciese?» La sociedad subsiste por naturaleza, por conveniencia general y particular, jamás por la acción del Estado, que no hace más que perturbarla, garantiendo únicamente el monopolio y la opresión. Si quedan en pie todavía las instituciones autoritarias, es porque aun es mucha la ignorancia que, con empeño inaudito, mantienen curas, legisladores, jueces, capitalistas, militares, solidarios todos en esa funesta obra para que la razón del pueblo no despierte completamente libre de preocupaciones y absurdos, y tenga fija la mirada en lo alto, constante la resignación abajo, ó sea, en una palabra, servil y estúpido. Y precisamente se consagran con tanto afán á esa tarea, porque tienen el pleno convencimiento no de que se desquiciara la sociedad, si la razón despertase, sino de que el dominio de los privilegiados habría acabado, á pesar de los cañones, pues las lanzas se vuelven cañas ante la de-

cisión de la avalancha popular que tiene la conciencia de su poder.

El núcleo sostenedor de todos los privilegios es el Estado. Y bien: ¿qué es el Estado? He aquí una magnífica síntesis debida á Juan Bovio: «Orgulloso y altanero con los súbditos, envidioso con el vecino, el Estado es la opresión dentro y la guerra al exterior. Con el pretexto de ser el órgano de la seguridad pública, es, por necesidad, despojador y violento; con el pretexto de custodiar la paz en los ciudadanos y las partes, es el provocador de guerras vecinas y lejanas; llama bondad á la obediencia, orden al silencio, expansión á la destrucción, civilización al disimulo. Es, como la Iglesia, hijo de la común ignorancia y de la debilidad de los más. A los hombres adultos se manifiesta tal cual es: el mayor enemigo del hombre, desde el nacimiento hasta la muerte... Justificad el Estado como queráis, consagraadlo, transportando á él el Dios sustraído á la Iglesia; hacedlo güelfo, gibelino, burgués, monárquico ó republicano, y siempre tendréis que daros cuenta de que tenéis al cuello un tirano, contra el cual protestaréis de continuo en nombre del pensamiento y de la naturaleza». ¿Y eso es lo que puede garantizar la armonía social, producir el bienestar de la humanidad? Y no se diga que la pintura es de tonos exagerados, porque basta abrir la historia, y, siglo tras siglo, se verá reproducida. Hoy, á pesar del progreso efectuado, de imponer al Estado muchas restricciones, ha convertido las naciones en enormes cuarteles, á los hombres en instrumentos de guerra, extenuando al productor y sacrificando millares de jóvenes en luchas que no tienen otro objetivo que la usurpación de territorios de otros Estados. ¿Qué lógica hay en tolerar ese cáncer social? La sociedad tiene medios naturales para vivir bien y armónicamente, sin necesidad del Estado, que tan caro cuesta y tan ingrato y cruel es.

Basta lo expuesto para concluir que el hombre libre es por naturaleza y libre debe ser; que el principio de au-

toridad, nacido del barbarismo y manteniéndose siempre opresor, es absolutamente contrario á la libertad, á la fraternidad y á la igualdad sociales; y, por tanto, no conviene ni puede admitirse como base de la sociedad.

En la próxima conferencia trataremos la cuestión de la propiedad y la del militarismo.

A. PELLICER PARAIRE

¿Anarquista?

No soy anarquista; pero cuando recorro las páginas de la historia y contemplo la serie inacabable de excesos, violencias, crímenes y atentados que la pasión, la envidia, la ambición, el odio, la soberbia disfrazados de razón de Estado, perpetraran en todos los tiempos; las conquistas bárbaras, las represiones sangrientas, las guerras devastadoras, los asesinatos políticos, los regímenes de opresión, las persecuciones, las proscripciones, los patíbulos, las hogueras, me pregunto con asombro cómo las sociedades humanas han podido sobrevivir á la repetición incesante de atrocidades tamañas, y me asalta la duda de si no será el poder el peor de los enemigos del derecho y la autoridad tirana más que tutora de los rebaños que apacenta.

No soy anarquista; pero ante el espectáculo de la sociedad, tal como la ha formado la historia: instituciones anacrónicas y absurdas viviendo de la velocidad, adquirida; la dirección común puesta en manos de los más audaces ó afortunados; el palo como supremo resorte de gobierno; la fuerza de todos ejercida por algunos, que son de hecho por ello, pese á todos los convencionalismos democráticos, dueños y señores de los demás; la razón otorgada siempre al más fuerte; la ley del embudo erigida en Constitución interna; la educación transformada en un medio de deformación de los espíritus para adaptarlos al ambiente; el sentimiento religioso convertido en monopolio de una Iglesia que hace de él su negocio y adora á Dios *pane lucrando*; la riqueza otorgada por el azar, adquirida por el demérito, consagrada á mantener el ocio y el vicio;

el amor prisionero, como en estrecha cárcel, en el matrimonio indisoluble... dudo si la civilización no habrá sufrido extravío; si la humanidad no habrá hecho, como dicen los franceses, falsa ruta, y si no sería más fácil que corregir organización tan defectuosa, hacer de todo tabla rasa y emprender de nueva planta la inmensa labor de los siglos.

No soy anarquista, pero en presencia de ese Leviatán que se llama el Estado, con su Constitución, sus leyes, sus códigos, sus poderes, sus partidos, sus clases, sus órdenes, su presupuesto; con su administración, su burocracia, su fuerza, sus tribunales, sus prisiones, sus cadalsos y sus verdugos, todo ello tan poderoso para el mal, todo para el bien tan impotente; en presencia de esa institución que tiene por lema el derecho y por práctica la violencia; que no persuade, que no amonesta, que no ampara, que no defiende, pero que impone, cohibe, reprime, castiga; en presencia de ese monstruo que devora todos los años mil millones para mantener á sus parásitos, y no da en cambio instrucción, ni protección, ni sosiego, ni paz, ni gloria, ni justicia, ni pan; que roba el voto al ciudadano y luego le zampa en la cárcel; que despoja al contribuyente y luego le fusila, doy en pensar qué es lo que podría perder la sociedad con verse amputado al rape tan disforme y horrendo pólipio.

No soy anarquista... es decir, nunca creí que lo fuera. Pero bien considerado todo y hecho examen de conciencia, acaso resulte que era un anarquista sin saberlo.

ALFREDO CALDERÓN

Escuchad

¿Oís? Es el viento que mece las frondas de misteriosa selva; el soplo del porvenir que sopla á la quieta y somnolienta maleza; es el primer suspiro de la virgen floresta al recibir en su frente cabizbaja, el beso del impetuoso Eolo.

¿Oís? Es el viento que desgarrá un manto invisible, en las sinuosidades de la montaña dormida; el viento de la idea que quiebra sus ráfagas en los ramajes del pueblo, inmensos bosques de almas; es la racha iniciadora que sacude á los robles, la descubierta del huracán, que barre en la hondonada y en la cumbre, la niebla confusa de la estéril resignación.

Hálito tibio y fecundo, atraviesa la selva; cada hoja que toca es una voz que nace, cada rama que mueve es un brazo que arma; voz que se une al concierto heróico que saluda al mañá-

na redentor, brazo que se extiende buscando el pecho de un tirano.

Es el aliento de la revolución.

¿Sentís? Es la trepidación del granito que se agrieta, batido por los férreos puños de Plutón; es el corazón del mundo que palpita bajo el enorme torax; es el espíritu ígneo del gigante que rompe su cárcel para lanzar al espacio su verbo de llamas.

Es el temblor que anuncia la aurora de un cráter.

¿Sentís? Son las vibraciones de divinos martillos que golpean en el fondo del abismo. Es la vida que brota del negro vórtice, haciendo estremecer el asilo de la muerte donde reinan tétricos vampiros.

Es el empuje de la revolución que avanza.

PRAXEDIS G. GUERRERO ¹

Nuestro querido compañero Ricardo Flores Magón ha escrito los siguientes párrafos sobre Praxedis G. Guerrero:

«Praxedis fué heredero de una rica fortuna que despreció: «no tengo corazón para explotar á mis semejantes», dijo, y se puso á trabajar codo con codo con sus propios peones, sufriendo sus fatigas, participando de sus dolores, compartiendo sus miserias.

«Praxedis trabajó en los cortes de madera de Texas, en las minas de carbón, en las secciones de ferrocarril, en los muelles de los puertos. Verdadero proletario libertario, tenía aptitud especial para ejecutar toda clase de trabajos manuales. Así fué como se templó ese grande corazón: en el infortunio. Nació en rica cuna y pudo haber muerto en rico lecho; pero no era de esos hombres que pueden llevarse tranquilamente á la boca un pedazo de pan, cuando su vecino está en ayunas.

«Praxedis fué muy bien conocido por los trabajadores mejicanos que re-

siden en los Estados del Sur de esta nación, y, la noticia de su muerte causó gran consternación en los humildes hogares de nuestros hermanos de infortunio y de miseria. Cada uno tenía un recuerdo del mártir. Las mujeres se acordaban de cómo el apóstol de las ideas modernas blandía el hacha para ayudarlas á partir leña con que cocer los pobres alimentos, después de haber permanecido encerrado todo el día en el fondo de la mina, ó de haber sufrido por doce horas los rayos del sol trabajando en el camino de hierro, ó de haberse deslomado derribando árboles en las márgenes del Misisipí; y las familias, congregadas en la noche, oían la amable y sabia plática de este hombre singular que nunca andaba solo; en su modesta mochila cargaba libros, folletos y periódicos revolucionarios que lefa á los humildes».

¹ Luchador mejicano muerto gloriosamente en los primeros lances de la revolución social armada, que forcejea aún con pujos de victoria en la tierra de Méjico.

PÁGINAS LITERARIAS

Amorosa

Una página de *Dulce y Sabrosa*

—Lo que yo quiero no es la libertad, sino tu cariño. ¿Casarnos? ¿Para qué? ¿Para darte por seca y rigurosa obligación lo que por libre y complacido albedrío quiero que sea tuyo? ¿Para mermar á la pasión el encanto de la espontaneidad? ¿Por ventura serían entonces más cariñosos tus besos, más prietos tus abrazos?

¿Tendremos mayor firmeza en la confianza, ni más brava abnegación en la desgracia? ¿Qué ceremonia, qué rito, qué fórmula ha puesto el Señor por cima de este anhelo con que mi pensamiento quiere volar para hacer nido en tu alma?

—¡Cristeta!

—Yo te serviré en el bien, de estímulo; en el mal, de rémora. Duplicaré tus venturas y compartiré tus penas. ¿Te veré dichoso? pues mi amor será la gota que llene el vaso de tu felicidad. ¿Desgraciado? yo lloraré por ambos. Pero ¿casarme? ¿Y si te arrepintieras? ¡Qué horror si algún día confundieses mi gratitud con mi cariño! ¿Llevar tu nombre? Bajando está siempre de mi pensamiento á mis labios; mío es aunque no quieras, y al dormirme siento

que se asoma á mi boca para guardarte todo el aliento de mi vida. ¡No! Tú, libre como el aire; yo esclava, quieta, callada y mausa como el agua eternamente enamorada del cielo que aun sin darse cuenta de ello, igual refleja los alegres arboles del alba que las tristes nubes de la tempestad.

Don Juan hizo ademán de arrodillarse,—la cosa no era para menos;—mas ella no lo consintió, y poniéndole una mano en cada hombro le miró embebecida, al mismo tiempo que decía:

—En el momento en que nos sujetase algo superior á nuestra voluntad, el amor no sería dulce impulso del alma, sino tributo doloroso.

—¿Y el mundo, la sociedad y las gentes?

—¿Ahora te preocupas por eso? ¿Te cuidabas de ello al perseguir casadas? Las que acaso me disculparan adúltera, me rechazarán amante... ¡Ya lo sé! Pero ¿á quién consagro yo mi existencia, á tí ó al prójimo?

JACINTO OCTAVIO PICÓN

Derecho de propiedad

Un día un vagabundo iba por un bosque perteneciente al duque de Norfolk; casualmente el duque lo halló y le dijo:

—¿Usted sabe que va por mis tierras?

—¿Por sus tierras?—preguntó el vagabundo.—Bueno; pero como yo no poseo tierra alguna debo pisar necesariamente tierra ajena.

Pero, á propósito: ¿dónde obtuvo el señor estas tierras?

—Me las legaron mis antepasados—dijo el duque.

—¿Y ellos cómo las obtuvieron?

—Las heredaron de sus mayores.

—¿Y cómo las obtuvieron esos mayores?

—Se batieron por ellas.

—Venga para aquí, entonces—exclamó el vagabundo con bravura, arrojando el saco;—también yo quiero batirme para conquistarlas, como lo hicieron sus antepasados.

Mas el duque retirándose apresuradamente, no aceptó tan brillante proposición...

UPTON SINCALIR



La musa del taller

La musa heroica de los mundos nuevos
se yergue en este día, bajo el soplo
de un viento redentor que la enardece
y al combate la empuja, contra todo:
contra el viejo titán de la injusticia,
contra el desquicio enorme y angustioso,
contra la muerte misma, que sonrío,
clavada en la visión de nuestros odios,
para hacer explotar como un Vesubio
la catarata de los cantos rojos!

¡Musa del porvenir! Marchan con ella
todos los desterrados y andrajosos,
los que son, en la bárbara ignominia,
carne de humillación y de negocio,
carne de mancebía y de presidio,
carne del hospital y el manicomio...
¡Gigante cordillera levantada
con diecinueve siglos de bochorno,
que en flámulas de amor verá la aurora
cuando se hagan hogares con los tronos!

Ella es la musa del taller, Tengamos
toda su audacia varonil nosotros,
contra el tirano que no lleva ni una
gota de sangre del sufrir de todos.
Levantemos su antorcha en este día,
seamos como la luz, de polo á polo,
y azotemos la faz de los que viven
dormidos en la mugre de sus ocios,
porque hicieron del goce un privilegio,
y amasaron dolor para los otros!

JOSÉ DE MATURANA

Trovador argentino de los que tienen en su verso florido y elegante, oculta el hacha de las demoliciones libertarias. Comparte con Ghirardo el apostolado acratista en Sud América.

Dos diamantes

Fuera del poblado, por enmedio de una senda embasurada y medio deshecha caminaban: delante una chiquilla con el traje descolorido y poblado de disimulos, en seguida un hombre de contextura notablemente maciza, reciente indumentaria y reloj y cadena de oro.

La mañana era toda luz.

A poco la niña se detuvo para esperar. Señor, aquí es, dijo cuando el hombre que la seguía hubo llegado; abrió una puertecita inválida y triste, la que dejó paso á una bocanada de humedad pestilente, y entró saliendo al cabo llena de inquietud.

En el semblante del médico asomaron en tropel la desconfianza y la irresolución.

—No se marche, señor, entre, mi madre es la enferma; ha sido una desgracia, créame, entre, entre, le pagaremos, aquí pagamos siempre ¿no le digo? le pagaremos, pero entre á verla!

El médico, saboreando siempre una duda, entró al fin, hallándose á los pocos pasos, por efecto de una violencia en las retinas, extraviado en una porción de noche. Se detuvo durante un rato á fin de acostumbrar la vista y avanzó hacia un rincón, guiado por la llama feneciente de una lamparilla que vertía siniestros lampos sobre la faz amarillosa de la infeliz lavandera

tendida en una cama llena de trapos viejos. Habló á la paciente lo de estilo, y cuando se hubo librado la mano del guante, para hacer la prueba del pulso, la mirada de la lamparilla despertó tímidos brillos de azul en un inmenso brillante reciamente engarzado en oro. En seguida la receta de rigor quedó escrita, y así que el contenido de una cajita de cartón—mezquinos ahorros de la obrera—desapareció en el bolsillo del visitante, éste, para acordar mejor con la usanza, comenzó á despachar las recomendaciones del caso. «Había que hallar frecuentemente al médico, encontrar otra casa menos húmeda y ojalá no tan distante, alimentarse mejor, mucho aire, mucho sol, pasear...»

La pobre enferma oía todo aquello con una de esas sonrisas en las que parece palpitar algo rematadamente frío, de esas que no diciendo nada, lo dicen todo, lo revelan todo.

Cuando el médico dejó de hablar, una lágrima se equilibraba en uno de los pómulos de la lavandera.

Los siniestros lampos de la lamparilla, arrancaron á aquel otro diamante dardos de luz que fueron á encararse con los azulados brillos despiertos en el cristal retenido reciamente por amarillas de oro.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

Los imbéciles

Odio á los hombres incapaces é impotentes, me molestan. Me han quemado la sangre y han estropeado mis nervios.

Nada hay más irritante que esos brutos que al andar se balancean como los patos, y os miran con asombrados ojos y con la boca abierta.

No he podido jamás dar dos pasos

sin encontrarme tres imbéciles, y esto me causa pena. Por todas partes los hay. El vulgo se compone de necios que os salen al paso á salpicaros el rostro con la baba de su medianía.

Estos necios se mueven y hablan, y con su aspecto, gesto y voz me incomodan tanto que como Stendhal, antes quiero un pícaro que un tonto. ¿Qué

podemos hacer con tales gentes, pregunto, en los difíciles tiempos de lucha por que atravesamos?

Al salir del viejo mundo nos precipitamos hacia un mundo nuevo.

Los imbéciles se cuelgan de nuestro brazo, entorpecen nuestro paso en medio de estúpidas carcajadas y de sentencias absurdas, y hacen resbaladizo y penoso el sendero que hemos de recorrer.

En vano queremos desprendernos de ellos, nos oprimen, nos ahogan

y se pegan cada vez más á nosotros.

Estamos en la época en que los ferrocarriles y el telégrafo eléctrico nos transportan en cuerpo y alma á lo infinito y á lo absoluto; en la época grave é inquieta, período de gestación de una nueva verdad de la inteligencia humana, y hay, sin embargo, hombres necios y nulos que niegan lo presente y se pudren en el nauseabundo charco de su trivialidad.

EMILIO ZOLA

Epílogos

Ensueños rotos

Ante la fuerza amenazante de la expansión imperialista norteamericana—que mantiene en congoja el sentimiento de estos pueblos mal llamados latinos—los grandes países de la América del Sur brotaban ante nuestra esperanza como estrellas de luz viva en un firmamento ennochecido.

Esperanza gratuita, desde luego, no fundamentada en acto alguno de la realidad. ¿Cuál de esas naciones acudió nunca al choque de nuestras debilidades contra la recia contextura de la diplomacia bucanera acorazada? Algún pequeño auxilio pecuniario peruano en las heroicas acciones del 56 en que fué derramada la más noble sangre centroamericana, abre una pequeña excepción en esta regla, en tiempos ya distantes, cuando aun no estaba planteado definitivamente con la virtualidad con que hoy lo ha sido, el expansionismo americano.

Sin embargo, las aspiraciones populares han continuado en largas é ininterrumpidas peregrinaciones hacia el Sur. Y á la República Argentina se dirige la mayor suma de anhelos, creyéndosela una nación efectivamente poderosa por su libertad y su cultura, capaz de hacer pesar la enormidad de sus prestigios en la balanza que aquí-
lata en estos momentos el futuro de

los pueblos indo-españoles, en el mercado de las autonomías.

Doloroso desencanto, pues, ha sido el nuestro, al enterarnos del estado político y social, mil veces inferior al nuestro, de ese enorme fantasma de república cuya existencia actual apenas si es útil para aportar mejores y más altas pruebas del fracaso gubernamental encarnado en todos los sistemas políticos conocidos. Hasta en el que constituye el supremo ideal de los republicanos.

A una nación de tan amplia cultura, de tan pujante industria y de tan rica producción agrícola, formada por el aluvión internacional más fecundante, gusta imaginarla como una tierra de promisión para las simientes nuevas, abierta á todos los vientos del progreso moderno, negada á las estrecheces de las preocupaciones centenarias que son rémoras constantes del avance mundial.

Pues bien; forjad en vuestra fantasía los delirios todos de la Rusia esclava, con sus cárceles preñadas de tormentos y sus presidios siberianos guardados por el hielo, y habréis visto á la Argentina tal cual la describen los relatos de su prensa honrada, con sus macabras penitenciarías y sus deportaciones á la tierra polar en donde el frío da á los hombres de recta conciencia el último suplicio. Agregad á

ese cuadro las llamadas *Leyes* de «Residencia» y de «Defensa Social», que son las más altas concepciones de la violencia contra las ideas, los asaltos y los incendios continuados de las empresas periodísticas populares, las turbas estudiantiles ultramontanas capitaneadas por la policía fusilando en las calles á la masa indefensa del proletariado que osa encrepar sus cóleras contra la injusticia, y habréis completado la visión de ese gran país al cual se dirigen con ilusión las miradas de estos pueblos al sentir los estrujonazos de la civilización de mister Lynch.

¿Qué suerte espera, pues, á estas desamparadas nacionalidades? La unión latina con que se hacen agua la boca muchos discursadores ambulantes ¿podrá cristalizar alguna vez con tales elementos?

Tendrá, al fin, derecho moral la conquista que viene del Norte á banderas desplegadas á vitorear su hegemonía sobre el montón de estas miserias?

Podría contestarse que sí, si la moralidad de los conquistadores tuviera algo que reprochar al escándalo permanente de la América Hispana. Desgraciadamente, es ola de fango la que viene á tenderse en nuestro cieno.

La visita
de Knox

Hace diez años, cuando las figuras de Washington y Lincoln brillaban aún en los santuarios del ideal americano—al calor de candorosas ilusiones que llevamos ya deshechas y en instantes de recia tiranía que nuestro pesimismo juzgó eternos—acariciamos la idea—y abogamos por ella—de una posible *anexión* de Costa Rica—

COMO ESTADO SOBERANO—á la gran república federal de Norte América. Nuestra idea no fué comprendida entonces, como nos acontece casi siempre, y hubimos de soportar duros reproches de quienes imaginaron que se trataba de facilitar la artera absorción capitalista en que el comercialismo yankee nos trae envueltos. Era nuestra ilusión, sin embargo, entrar como

amos á donde forzosamente habremos de alquilarnos como siervos. La experiencia vino luego á demostrarnos el rematado candor de nuestros idealismos. No se nos ha querido nunca en calidad de compañeros; se nos busca como tributarios. Y henos aquí, abiertos los ojos á la realidad que se impone, oponiendo también la débil fortaleza de nuestros verbo á la invasión que se avecina.

¿Qué viene á hacer á nuestros campos el brazo ejecutor de los designios imperialistas norteamericanos?

Difficil tarea es la de encontrar el móvil de una acción que tiene muchos. Por lo pronto ocurre suponer,—en vista del ostensible desagrado con que el verdadero pueblo de los Estados Unidos mira las actuaciones de la rapiña organizada en las alturas de su gobierno—que el Ministro Knox viene á recoger las ovaciones que según él ha de tributarle el miedo en estos pueblos, para llevar á sus conciudadanos la prueba irrecusable de que las gestiones de su gobierno no lesionan en nada la autonomía de estas nacionalidades quienes, de no ser así, no le habrían dispensado sus ruidosos loores.

Estamos desde luego en el deber de no contribuir á tan innoble farsa, de la cual pueden depender muy bien importantes modificaciones en el extenso plan imperialista que va cumpliendo en nuestras tierras la violencia yankee.

Que el Gobierno agasaje como quiera á su affn. Que los políticos de oficio acudan á recibir en brazos al Mesías que ha de salvarlos del olvido en que van quedando. El corazón del pueblo debe estar mientras tanto cerca de ese otro inmenso corazón popular, que al través de los mares le está dando pruebas de fraternidad al desautorizar las tentativas sojuzgadoras de sus gobernantes.

Si la vida nos tiene reservada una esclavitud, aguardémosla con dignidad y seamos fuertes. No vayamos á recibir entre festejos, á los conculcadores de nuestra autonomía.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

VOCES DE LA TIERRA

WELCOME!

A KNOX

Nuevo Walker¹ sin huestes aguerridas y francas
que vienes á este suelo cabalgando en las ancas
de la mansá perfidia! Nuestro grito sonoro,
rebotará en protestas sobre tu yelmo de oro.

Prodigando el narcótico de tu *dólar* sonante
—que en *dolor* se convierte—cazador trashumante
de castrados leopardos, llegas á nuestros lares
con tu *garrote grueso*² cubierto de azahares
y tu puño de hierro bajo sedefío guante.

Linchador de naciones! Nuevo Walker sin bríos
belicosos! ¿Qué pides á nuestras mansedumbres?
¿quieres probar acaso la linfa de estos ríos?
ó quieres ver de cerca las hondas podredumbres
que llevarán exánimes á nuestras muchedumbres
á la *noble* palestra de vuestros desafíos?

Pues ya que nuestros *Moras*³ para siempre rindieron
al polvo del olvido sus heroicos vigores,
y á recibirte acuden con palmas y con flores
los tristes descendientes de los hombres que fueron
leones, frente al plomo de vuestros tiradores,

vé á decir á tu patria que á su artera conquista
responden con sus retos nuestros fieles volcanes;
que esta tierra—aun sin hijos defensores—se alista
á la defensa heroica de sus sagrados manes
pasando á sus ocultas convulsiones revista⁴.

Que antes que todo se hunda bajo la noche torva,
esta serpiente inmensa del Ande, que se encorva
sobre los horizontes hispano-americanos,
para morir con honra descenderá á los llanos.

Y que entre las alfombras de rosas virginales,
de nardos y violetas, tendidas á tus pies,
creiste ver porfiados reflejos de puñales;
y que entre la espesura de bosques y jarales
las palmas se inclinaron haciéndote señales,
como banderas rotas en el Cincuentaisés.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

NOTAS PARA LOS LECTORES DEL EXTERIOR

¹ El Jefe norteamericano de la invasión filibustera que en 1856 regó de sangre el territorio de Centroamérica con la complicidad—ó la indiferencia—de los Estados Unidos. En esa guerra perdió Costa Rica la parte más gallarda de su vigorosa juventud.

² *Big Stick* el símbolo conocido de la política imperialista norteamericana.

³ Don Juan Rafael Mora, Jefe del Estado en Costa Rica, quien al frente de su pueblo voló á la frontera de Nicaragua á repeler la agresión filibustera.

⁴ Alusión á los actuales terremotos.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLÉS y AMERICANOS

alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, *detective*, Mark Twain.
El amor catadrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Victor Catalá.
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.
Sus hermanas, Henri Lavedan.
El Lunar, Alfredo de Musset.
La Puñalada, Marián Vayreda.
Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

79 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido.—Las cerezas del cementerio.
El espada Montes.—La voz de las campanas
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA



Pan para Todos

de excelente calidad, elabora la

Panadería de Pablo Torrens

situada en la Cuesta de Moras.

Invítanos á nuestros lectores
y al público en general, á pro-
teger esa empresa.

SE SIRVE A DOMICILIO

Apartado de Correos No. 30



FOLLETOS EN VENTA

Grandes prostitutas y famosos libertinos, por Emilio Gante . . .	1.05
Las Tenazas, comedia en tres actos, por Pablo Hevien	0.50
La Epidemia, comedia en un acto, por Octavio Mirabeau	0.25
La aula, cuadro dramático, por Luciano Descaves	0.25
Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Queraltó	0.25
Ni Dios ni Patria, por Benjamín Mota	0.15
Palabras de actualidad, por Aníbal de Pretti	0.15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris . . .	0.15
El poseedor romano, A. Lorenzo . .	0.15
La unión revolucionaria, J. Grave . .	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure	0.10
La libertad, Bernardo Lazare	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Pellicer Peraire	0.10
¿Dónde está Dios?, M. Rey	0.10
La mujer esclava, René Chaughi . .	0.05
En tiempo de elecciones, por Enrique Malatesta	0.05